

Miramón ofrecieron sus servicios, ahogando el resentimiento por haber sido destruidos, y el segundo tratado duramente por Maximiliano; olvidaron sus quejas y solicitaron ponerse á su lado, y si era necesario morir defendiéndole.

Maximiliano se vió obligado en aquellos momentos supremos, á buscar el apoyo del partido clerical en las aflictivas circunstancias en que se veía aislado, decepcionado y rodeado de sobresaltos y desconfianzas; sin los auxilios indispensables para sostener su trono; encontraba que el Partido Conservador había acumulado al paso de su Emperador, multitud de obstáculos; pero al fin los principales corifeos de esa agrupación política, venían á ser los consejeros de Maximiliano y los jefes del embrionario ejército imperialista; Maximiliano ya no podía hacer más, que salvar su reputación de soldado valiente, viéndose envuelto por todas partes en la ruina de sus esperanzas.

La marcha de la Emperatriz para Europa, esfuerzo supremo y decisivo de la Monarquía implantada aquí por las tropas francesas, fué la señal para el avance de los republicanos y causa de creciente confusión en el ejército imperial. El general Douay, á cuya vigilancia estaba la amenazante frontera del Norte, avisó que todo aquel territorio se hallaba interceptado por fuerzas de caballería republicana, y que la legión belga, debilitada por continuas deserciones, seguía dando muestras, la más claras, de su disgusto.

En el centro del Imperio ocupaban los partidarios de la República, puntos de importancia sin ser ya combatidos por los franceses, sino de una manera muy débil; los batallones de cazadores se desorganizaban, y aun entre las fuerzas austriacas cundía el desaliento, al notarse que Maximiliano parecía cansado y que podría abandonarlos, careciendo de recursos á tal grado, que á fines de Septiembre (1866) los oficiales se vieron precisados á cotizarse para atender á los heridos y auxiliar á los mutilados.

La situación de Maximiliano empeoraba cada día; ya desde mediados de Julio se habían hecho algunas prisiones aun entre los conservadores de más nombradía, entre los cuales se contaron el canónigo Ordoñez y D. José Miguel Arroyo, de los cuales había ocupado el segundo empleo de categoría en el Imperio, encontrándose después incomunicado en la Acordada. (*)

Motivaron las prisiones y confinamientos varias cartas interceptadas, entre ellas una del general Santa-Anna al canónigo Ordoñez y otra de D. Guillermo Prieto á D. Juan Mateos.

Notando Maximiliano que era posible formar el ejército por medio de alistamiento voluntario y con las fuerzas rurales ya disciplinadas, y no por el sorteo, declaró suspenso este procedimiento. Acompañado del general Mejía y de varios

(*) Por trastornadores de la paz fueron aprehendidos, conforme al artículo 77 del Estatuto, las siguientes personas: Feliciano Chavarria; generales J. Rojo y Agustín Zires; M. Morales Puentes, Juan Mateos, Ignacio Ramírez, M. Parada, general J. de la Parra, M. M. Zamacona y Joaquín Alcalde; además, el padre Ordoñez y D. José Miguel Arroyo. Algunos de los presos fueron remitidos á Yucatán.

jefes superiores en el ejército francés, pasó revista el 30 de Julio en la plaza de armas, á las tropas que formaban la guarnición de la capital y en ese acto fué vitoreado por ellas. Figuraban en primer término en esa parada, las tropas que pertenecieron á la División Mejía, recién llegada á la capital. Maximiliano consideró estos alardes de fuerza, necesarios para infundir ánimo á sus partidarios; para dar más realce al acto, repartió condecoraciones á oficiales y soldados de aquella División. Terminada la revista, desfiló la tropa en columna y al pasar frente al Emperador, prorrumpían jefes y soldados en vivas al jefe del gobierno.

El 28 de Julio (1866) desocupaban los franceses á Monterrey, poco después el Saltillo, de cuyas ciudades se posesionaron en seguida las fuerzas del general Escobedo, y aunque se dijo que los franceses habían reocupado á la primera de esas poblaciones, resultó falsa la noticia. Una esperanza sostenía, como último recurso, al gobierno imperial: la división que aparecía entre los republicanos.

Además de una carta de Santa-Anna remitida al canónigo Ordoñez, publicó el Diario del Imperio dos cartas de Guillermo Prieto, fechadas en San Antonio Bejar, el 11 de Mayo y 4 de Junio de 1866, dirigidas á D. Juan Mateos, una era un nombramiento de González Ortega para que le representara en la ciudad de México; decía Prieto que este general se trasladaría pronto á la República, conduciendo elementos de guerra y fuerza americana, y que no haría armas contra los que combatían á los franceses, aunque obraría como Presidente legítimo de la República. En ambas cartas suponía que el gobierno de Juárez estaba de acuerdo con Santa-Anna. Daba por seguro que González Ortega, tan luego que llegara al territorio mexicano y estableciera su gobierno, sería reconocido por los Estados Unidos, y en tal concepto había resuelto pasar pronto el Bravo.

Estos sucesos aumentaban el impetuoso impulso que llevaba la revolución, sostenida con las armas [por los juaristas. En el Estado de Veracruz tomaba gran desarrollo: el destacamento imperial situado en Paso de Ovejas fué atacado; en Papantla, reocupada por los imperialistas el 26 de Junio, y defendida por trescientos austriacos, estaban los republicanos apostados en los bosques inmediatos y cortaban las comunicaciones con la plaza, reforzando á los sitiadores fuerzas de Jico y Huauchinango. Aun el puerto de Veracruz veía cercanas las guerrillas; el rancho llamado "La Purga," fué sorprendido en los momentos en que se detenía allí una conducta, rechazando con dificultad á los asaltantes el destacamento de egipcios en ese lugar establecido. Tantoyuca y Ozuluama se habían sublevado contra el Imperio, siguiendo el ejemplo de Tamiahua y quedó únicamente Tuxpan fiel al gobierno imperial. Instaladas las guerrillas cerca de Veracruz, el cabecilla Prieto tiroteaba á Medellín, donde había un destacamento de egipcios, y contribuyó á que el pueblo de Jamapa se sublevara. Más allá el jefe republicano Larrañaga hostilizaba á Tlacotalpam, á mediados de Julio, y sostenía escaramuzas con los vapores que recorrían el río. La línea que por el lado de Barlovento había estado subordinada al general Alatorre, había vuelto á levantarse al mando del comandante Rosalino Méndez, quien organizó fuerzas para batir á Tla-

pacoyan, ocupada por una corta guarnición austriaca. La ciudad de Jalapa se encontraba también en muy malas condiciones, al grado de haber prohibido el comandante Calderón, que después de las oraciones se transitara á caballo por las calles de la ciudad y prohibió también *toda reunión que pasara de dos personas desafectas al gobierno.*

Ligada con la situación del Estado de Veracruz, la entrada de los recursos al erario imperial, se hacía indispensable dominar allá el desórden; pero para esto se encontraba Maximiliano dentro de un círculo vicioso de imposible solución. Buscó plantear economías que en manera alguna satisficieron las exigencias. Dispuso la supresión de comandancias militares en los Departamentos y distritos del Imperio, excepto en las plazas fuertes y puertos fortificados. También acordó que acabaran las cortes marciales existentes; pero su deseo de introducir economías, no le impidió disponer que continuara percibiendo la viuda del general Zaragoza, la pensión que le había decretado el gobierno republicano, disposición que dió motivo á que se sintiera herida la susceptibilidad de los franceses.

Deseoso de dar esplendor y popularidad á su gobierno, presidió Maximiliano el día de su cumpleaños, 6 de Julio, una sesión celebrada por la Academia Imperial de ciencias y literatura, y presenció la apertura del Museo Nacional. Concedió al Príncipe Salm-Salm el empleo de coronel agregado al Estado Mayor de una División Auxiliar, y para halagar al ejército mexicano, condecoró con la Cruz de Constancia de segunda clase al general Vicente Rosas Landa.

Estas disposiciones para atraerse popularidad, perdían su efecto al lado de otras, principalmente la relativa al sorteo que al fin debería llevarse á cabo en México, Puebla y Querétaro, ciudades en las que creció la alarma, especialmente en la primera, donde un considerable número de interesados acudían en tumulto á sacar certificados de excepción, que era imposible expidieran las juntas respectivas, siendo necesario aplazar el sorteo para el 1.º de Agosto. El efecto moral y la alarma que produjo la aceptación del sorteo como medio de recluta, no tuvo compensación con el resultado obtenido; se vió que era necesario ocurrir á otro arbitrio para llenar los cuadros del ejército, llegando á constituir un escándalo lo relativo á este asunto, principalmente en Querétaro, donde salieron de la ciudad gran número de los que podían ser comprendidos en ese sistema de recluta.

Todos estos hechos daban pábulo á la revolución y hacían crecer las esperanzas de los que trabajaban por el pronto término del Imperio, sin que se creyera que algunos triunfos de las fuerzas imperialistas, entre los que sobresalían los austriacos, pudieran ser de importancia.

Una sección de éstos desalojaba el 1.º de Julio, del pueblo de Huauchinango á los republicanos, en combinación con las fuerzas de Zacatlán, Chignahuapam y Jico. Los republicanos se retiraron á sus fortificaciones de Necaxa y perseguidos se dispersaron; también huyeron de Huauchinango las familias á los montes, regresando algunas poco después. En Pahuatlán, Tuto y Tenango re-

aparecieron los republicanos, secundando á los que habían quedado en armas después de la sumisión de la Huasteca al régimen imperial.

El puerto de Tampico continuaba entonces bloqueado por tierra; tenían los republicanos su cuartel general en el pueblo de Altamira, siendo muy cortos los auxilios que podía proporcionar á los imperialistas el cañonero "Diligente." Con excepción de Tampico, que poco tardó en sucumbir, todo Tamaulipas estaba en poder de los republicanos que ya se habían adueñado de la Huasteca. Operaban varios jefes en aquella región: en Huejutla mandaba Martínez; en Calnalí, Santos Vera; en Molango y Xochihuahatlán, Felipe Angeles y J. M. Pérez; en Mextitlán, Nolasco Cruz y N. Rubio. Había quedado guarnición austriaca en Zacualtipán; pero los guerrilleros llegaban á tirotearla aun en las calles, siendo matado en una de esas entradas D. Antonio Soto, abastecedor de aquella guarnición.

Debido al poderoso impulso que llevaba la revolución, pronto llegó á las puertas mismas de la Capital del Imperio. En el Estado de México, el guerrillero Antonio Noriega, á quien el Imperio había indultado y condecorado con la medalla del mérito militar, se lanza nuevamente á la revuelta por el rumbo de Tulancingo, á la cabeza de un corto grupo de veinte hombres; se pone en comunicación con los conspiradores que en Pachuca procuraban verificar un levantamiento, é intercepta los caminos de aquella zona que recorría.

Ocupada la Villa de Zitácuaro por los guerrilleros Ugalde y Arias, la dejaron al cuidado del jefe Eguiluz con cuatrocientos hombres que habían permanecido en Tusantla; entonces fueron nuevamente destruidas las trincheras levantadas por los imperiales, en tanto que estos se retiraban de la Jordana para Toluca y ocuparon por algunos días el Mineral de Angangueo. Las guerrillas republicanas comenzaron á presentarse por Tenancingo y Monte Alto, surtiéndose del plomo tomado en el Mineral de Trojes y aumentaban sus filas ya por medio de la leva, principalmente en los pueblos y en las haciendas, ya con los muchos desertores de las tropas imperialistas. Una parte del escuadrón de Tepeji, en marcha para México, desertó de sus banderas y se dirigió al pueblo de Metepec, donde se unió á la fuerza del jefe Abraham Plata, quien tomó de ese pueblo y de Tenancingo cuantos caballos y armas encontró. El resto del escuadrón de Tepeji fué desarmado y preso en Toluca, en su mismo cuartel, por la fuerza de argelinos llegada del rumbo de Zitácuaro y otras que de antemano daban guarnición en la expresada ciudad. Todo el Valle de Toluca, tan próximo á la capital del Imperio, apareció cubierto de guerrillas que arruinaban las haciendas, consideradas el granero abastecedor de la capital. Fué Tenancingo una de las poblaciones que más sufrieron, siempre amenazada por los guerrilleros de San Gaspar. Aumentaron en proporciones considerables las guerrillas del Estado de México, al sentirse apoyadas por las fuerzas imponentes que dominaban en Michoacán.

En este Departamento perdía terreno el general Ramón Méndez, llegado á Morelia el 30 de Junio, (1866) sin que la expedición tan molesta que verificó

rumbo al Sur, diera el resultado que se esperaba. Después de haber conferenciado con el jefe de la columna francesa que siguió para Querétaro, quiso dar á Régules un golpe por sorpresa; pero contando este jefe republicano con espías y partidarios por todas partes, aunque Méndez solamente llevara caballerías, no pudo batirlo, pues Régules ocultó su marcha aprovechando en gran manera el perfecto conocimiento que tenía de las localidades; supo oportunamente la marcha de Méndez, y dejando á San Antonio de las Huertas en donde tenía su cuartel general, se dirigió á Zitácuaro, y arregló con tal precisión su marcha, que constantemente llevaba dos jornadas de ventaja á Méndez. Entonces este se dirigió á batir las fuerzas de Ronda, consiguiendo solamente hacerles algunos prisioneros, después de perseguirlas tres días y tres noches por Quiroga, Coeneo, Bellasfuentes y otros lugares.

Los propietarios ó encargados de las fincas de campo, daban aviso á los republicanos respecto á los movimientos de las fuerzas imperiales, y á veces también comunicaban á éstas las marchas de sus contrarios, resultando que unos y otros beligerantes entraron en sospechas y considerando á los hacendados como enemigos procuraron inflingirles castigos.

Sirvió de apoyo á los republicanos de Michoacán el pronunciamiento del general Antillón, verificado al finalizar el mes de Julio en San Pedro Piedragorda, donde expidió un proclama. Este general habia salido de Guanajuato el día 24 rumbo á aquella población de la sierra, donde se reunió con los jefes Domenzain y Rosado; llevaba impresa la proclama en que se titulaba jefe militar y político del Estado de Guanajuato. En esa misma ciudad se sublevaron el 30 de ese mes, doscientos soldados de reciente recluta, acaudillados por el teniente Azpeitia: estando de guardia en el Hospicio se amotinaron y pudieron fácilmente adueñarse de la ciudad, puesto que no había otra fuerza para contrarrestarlos que la de policía al mando del Prefecto D. Pablo González Montes; pero los sublevados carecían de un jefe que pudiera dirigirlos, y después de embriagarse salieron rumbo al pueblo de Dolores y se fueron dispersando en el camino. El cabecilla Azpeitia, jefe del motin, fué aprehendido y fusilado. Por esos días el Comisario imperial Robles Pezuela, trataba de construir un ferrocarril entre Querétaro y Guanajuato, abriendo una suscripción por acciones de corto valor, para que aun los pobres tomaran parte en la empresa.

En el Estado de Guanajuato hizo el general Antillón, ya perteneciente al ejército del Norte, una campaña tan rápida como inesperada, sirviéndole la circunstancia de contar en aquel Estado con amigos y simpatías. Había permanecido en el centro del Imperio esperando una ocasión propicia para lanzarse á la lucha, y habiéndola encontrado, se puso al frente de un grupo de individuos casi desarmados y sin disciplina, pero con la misma fuerza de voluntad que impulsara al jefe que los mandaba.

Siendo en el territorio mexicano el Estado de Guanajuato el más central y sirviendo á los franceses de base de operaciones, cuidaban vigilarlo; de ahí pro-



General Don León Guzmán.

Tomada á principios del año de 1867 la ciudad de Guanajuato por los republicanos, quedó de Gobernador del Estado Don León Guzmán, quien años atrás habia dirigido los Ministerios de Fomento y Relaciones, bajo el régimen liberal. El Señor Guzmán buscó recursos y toda clase de elementos para las fuerzas republicanas que avanzaban sobre Querétaro, y dió oportunos informes al General Corona, en jefe del ejército de Occidente, respecto á la concentración que ejercitaban los imperialistas en esa misma ciudad.